

El papel de la subjetividad en el diseño de la investigación en ciencias sociales y en la aplicación de los resultados: Una reflexión

José Víctor Orón Semper

Universidad Francisco de Vitoria (España)

Fundación UpToYou Educación

Grupo Mente-Cerebro, Instituto Cultura y Sociedad, Universidad de Navarra (España)

Gonzalo Alonso-Bastarache

Grupo Mente-Cerebro, Instituto Cultura y Sociedad, Universidad de Navarra (España)

Facultad de Educación y Psicología, Universidad de Navarra (España)

El papel de la subjetividad en el diseño de la investigación en ciencias sociales y en la aplicación de los resultados: Una reflexión

The Role of Subjectivity in the Investigation Design and the Application of Results in Social Sciences: A Reflection

José Víctor Orón Semper

Universidad Francisco de Vitoria (España)

Fundación UpToYou Educación

Grupo Mente-Cerebro, Instituto Cultura y Sociedad, Universidad de Navarra (España)

josevictororon@gmail.com

Gonzalo Alonso-Bastarreche

Grupo Mente-Cerebro, Instituto Cultura y Sociedad, Universidad de Navarra (España)

Facultad de Educación y Psicología, Universidad de Navarra (España)
gabastarrec@unav.es

Fecha de recepción: 3 de septiembre de 2024

Fecha de aceptación: 27 de diciembre de 2024

Abstract

La subjetividad es un tema difícil de tratar para las ciencias que estudian al ser humano. Los procesos de investigación tratan de cancelarla con un gran número de muestras para obtener resultados generalizables, y también a menudo la ciencia prescinde de ella al momento de aplicar sus resultados. Esto es un problema cuando lo que se busca explicar es el comportamiento de las personas y a ellas se quieren aplicar los resultados. Para superar esta dificultad, este artículo propone un metamodelo de consideración sistémica de la subjetividad. Proponemos dividir la subjetividad en tres niveles, que están presentes simultáneamente en la producción de la acción: el nivel comportamental, el nivel mental y el nivel personal. La interioridad personal, el más profundo de los tres niveles, se puede dividir en tres aspectos: identidad personal, intención relacional y posicionamiento existencial. Creemos que esta ordenación es muy útil tanto para conocer mejor las dinámicas de los fenómenos estudiados como para trasladar al sujeto lo descubierto por una generalización.

Palabras clave: Subjetividad; Comportamiento; Mente; Primera persona; Metodología; Metamodelo.

Abstract

Social Sciences hardly address subjectivity. Research procedures cancel it by using a big sample, to obtain generalizable results. Very often too, subjectivity is withdrawn at the moment of applying scientific results. This is a real problem where we are dealing with persons' behavior and results must be applied thereto. To overcome this problem, this paper offers a metamodel of a systemic consideration of subjectivity. We propose to differentiate three dimensions of subjectivity which are simultaneously present in human agency: the behavioral, the mental and the personal. The personal dimension, the deepest one, includes three systemic aspects: personal identity, relational intention, and existential positioning. We think this systemic view can contribute both to the study of general dynamics and to the application of the general results to a concrete subject.

Keywords: Subjectivity; Behavior; Mind; First-person; Methodology; Metamodel.

1. INTRODUCCIÓN

Es bien conocida la dificultad epistemológica que tiene la ciencia para tratar la subjetividad: la ciencia trata lo objetivo y medible, y la subjetividad escapa por principio a eso. No queremos hacer una discusión crítica, desde la filosofía y psicología, acerca de qué sea la subjetividad, sino reflexionar y presentar una propuesta funcional para las ciencias empíricas. En ese ámbito la *subjetividad* no es exactamente el *individuo* como caso particular de una especie, sino aquella realidad del individuo que le permite vivir y actuar desde una singularidad no reductible a una mera característica general suya (un rasgo de la personalidad, una creencia, etcétera) o del contexto. La subjetividad es lo original e irreductible del individuo.

El reclamo de que existe el sujeto como alguien más que el lugar de confluencia de fuerzas, impulsos o características ha sido propuesto incluso desde el psicoanálisis (Winnicott 1986, Kohut 2009) superando visiones freudianas. Traemos a colación a Kohut por su interesante argumentación de por qué cuesta “ver” al sujeto: a su juicio, la razón es que el sujeto siempre estuvo allí haciendo que las cosas ocurran. Es como si estuviera a los dos lados de la ecuación (por ejemplo, $x(2+3) = x5$) y por eso no se “ve” (Kohut 2009, p. 96, 228). Se nota la influencia de Kant, quien ya había sostenido que del sujeto tal cual nos es dado, el *yo pienso*, solo podemos decir que es una presuposición lógica, el sujeto lógico de todas mis percepciones y pensamientos (2011 395-399, KrV B 407-413).

Si nos fijamos en los estudios de neurociencia, el tema de la subjetividad está presente por ejemplo al estudiar la percepción. Si la percepción es ya una realidad subjetiva todo acto tendrá ya una configuración subjetiva, al margen de que haya más ocasiones para que la subjetividad se haga presente. Si se mantiene una comprensión de la percepción como un proceso mecánico constructivo de abajo arriba (*bottom-*

up) por asociaciones podría llegarse a que no hace falta apelar al sujeto para decir qué se ve. En ese caso el sujeto no es más que un escenario donde acontecen y confluyen procesos, pero dicho sujeto no “añade” nada. La visión constructiva de la percepción tuvo mucha acogida, pero hoy en día está desacreditada (sobre la visión directamente Herzog 2014 y una revisión general sobre el tema en Orón 2019: 59-112). Veamos un ejemplo actual de cómo se apela al sujeto y la subjetividad de la percepción. Quian Quiroga descubrió y trabaja con las “células conceptuales” que solo se encuentran, en lo que se conoce hasta ahora, en el ser humano. Son células que están asociada a un concepto, no a unas características del objeto percibido. En concreto él realizó sus experiencias con famosos actores y actrices. Daba igual ver la foto de una forma u otra cambiando posiciones o iluminación, ver a la actriz con o sin antifaz, ver la foto o leer su nombre u oír su nombre. Incluso si se le presentaban dos imágenes muy parecidas, el examinado podía cambiar a voluntad si era una u otra actriz y con dicha decisión cambiar el funcionamiento cerebral. Dicha investigación remite directamente a la subjetividad para entender lo que pasa. Además, descubre que la percepción acontece jerárquicamente organizada desde dichas células conceptuales sobre las demás (Quiroga 2012). Otros estudios recurren igualmente a la participación de la subjetividad para poder explicar lo que pasa. Por ejemplo, los estudios de neurociencia sobre la intencionalidad (Kelso 1995, Juarrero 2002).

El problema es que la ciencia necesita cierta estandarización de la realidad para estudiar el fenómeno que implícitamente se atribuye a la naturaleza humana. Se quiere estudiar a los sujetos con dicha naturaleza. Pero, mientras la naturaleza se refiere a lo común de los sujetos, en cambio, la subjetividad hace referencia a lo específico e irreductible de cada individuo. Las ciencias sociales acostumbran por ello a prescindir provisionalmente de la subjetividad en toda su complejidad, cancelándola durante el proceso de investigación, en pos del rigor científico y para mayor generalizabilidad de sus resultados. Sin embargo, a la hora de aplicar sus resultados, especialmente en contextos psicoterapéuticos y educativos, los investigadores se encuentran con la necesidad de trasladar los resultados generales a sujetos concretos, y es entonces cuando chocan de nuevo con la subjetividad. Pareciera entonces que la única alternativa científicamente rigurosa es seguir “cancelando” la subjetividad y aplicar generalidades al sujeto individual (la otra alternativa pareciera ser cancelar el rigor científico en pro del inespecífico “sentido común” o “la larga experiencia”). ¿No hay ninguna otra alternativa?

Según lo dicho, en el trabajo científico son dos los momentos en los que es necesario lidiar con la subjetividad: antes del método científico de investigación y en las aplicaciones de la investigación científica. En el primero se realiza un ejercicio de estandarización. En el segundo un ejercicio de aplicación. El primero reclama una parametrización de la subjetividad para “cancelarla” y el segundo reclama de la experiencia profesional acumulada en años para “acoger” la subjetividad. Y la experiencia acumulada sirve para hacer nuevas hipótesis o mejorar la parametrización.

La subjetividad en el trabajo científico:



Fuente: Elaboración propia.

Pensamos que podemos hacer algo mejor que cancelar la subjetividad y queremos proponer una forma de parametrizarla, como se necesita para poder hacer ciencia, pero sin perderla por el camino. Esto facilitará también la aplicación de los resultados científicos al sujeto en su singularidad. Sabemos que el sujeto en su singularidad nunca es agotado en su parametrización y por tanto siempre se va a requerir de la profesionalidad del médico, terapeuta, educador, etcétera para tomar una decisión. Pero si conseguimos una parametrización de la subjetividad estaremos facilitando el ejercicio del investigador (que logrará una parametrización más completa y podrá estudiar mejor los fenómenos) y del profesional (pues contará con más ayuda para particularizar los datos al sujeto concreto). Un terapeuta no puede aplicar lo que sabe sin leer el modo en que su paciente vive la relación con él en ese momento.

Hoy en día es comúnmente asumida cierta parametrización de la naturaleza humana a la hora de investigar, por ejemplo, preguntando edad y sexo. Al preguntarse por esto quieren saber realidades del obrar voluntario que no son dependientes de la tarea a realizar, sino de su naturaleza. La subjetividad se parece en parte a esto, pues la subjetividad tampoco se refiere al posicionamiento concreto del sujeto ante la tarea que se está investigando, sino al sujeto en sí mismo. Pero, por otro lado, la subjetividad remite a un individuo concreto mientras que la naturaleza, decíamos, es compartida (dos personas pueden tener el mismo diagnóstico médico, pero uno lo vive como una tragedia y otro como la realidad desde la que amar). Por ejemplo, si nos referimos a la forma general en la que un sujeto concreto se dispone en general ante la realidad, podemos pensar en los rasgos de la personalidad o en su forma de pensar, más allá de que en un momento tenga un comportamiento o un pensamiento concreto. Esto ya se refiere a un sujeto concreto, a su forma concreta de ser. En esta línea avanza este artículo animando a que no solo se parametrize la naturaleza humana, sino la misma subjetividad.

Decíamos que hay disciplinas que por su propia naturaleza necesitan considerar a cada sujeto en concreto para el éxito de su intervención. Se quiere curar física y

psicológicamente, educar, acompañar, liderar, etcétera a una persona en concreto. Pero ¿basta con parametrizar los rasgos de la personalidad e incluirlos en todos los estudios para haber dejado un hueco a la subjetividad? Pensamos que aún se puede hacer más.

Antes de ver qué más se puede hacer para poder considerar la subjetividad, digamos algo más sobre que podremos hacer cuando la hayamos considerado. Fijémonos en el método de las ciencias sociales. La ciencia necesita parametrizar variables generales del sujeto que directamente no estudia para poder así caracterizar las variables que propiamente quiere estudiar. Por ejemplo, el sexo de los sujetos (variable general del sujeto) y la prevalencia de una enfermedad o la eficacia de un fármaco (variable de estudio). Se justifica esta forma de proceder porque el comportamiento de la variable de estudio (la prevalencia de la enfermedad o la eficacia de un fármaco) es sustancialmente distinto en un sujeto con una variable general concreta (masculina o femenina). Hasta tal punto que la variable de estudio podría ser estadísticamente poco significativa en una población con una variable general concreta. Por ejemplo, los directivos del Instituto Nacional de Salud estadounidense (NIH, por sus siglas en inglés) implementaron políticas para que en toda investigación, incluso con animales, se registre y estudien los resultados atendiendo al sexo (Clayton y Collins 2014).

Nosotros creemos que, así como es necesario sistemáticamente valorar el sexo del sujeto para investigar y sacar conclusiones de lo investigado y luego se pueda hacer una correcta aplicación de la investigación, sería necesario también valorar la subjetividad para poder hacer un adecuado estudio del impacto de una variable. Creemos que una consideración más amplia de la subjetividad ayudará a la investigación para tener mejores descriptores de la población y a la intervención para saber ajustar mejor la globalidad a la realidad singular. El presente artículo no busca resolver el problema de la subjetividad en la investigación y la aplicación, sino hacer más conscientes a los científicos de la necesidad de incluirla de una forma más clara, para que la ciencia consiga su cometido de ayudar a las personas. De la misma que ya se caracterizan elementos esenciales de la naturaleza humana como la edad y el sexo, podría hacerse igualmente con variables que hacen referencia a la subjetividad.

¿Cómo hacerlo? Creemos que un marco general del actuar del sujeto puede ayudar.

El contexto científico actual no es ajeno a esta inquietud (Lillis et al. 2022, Weger et Wagemann 2021, Fuchs 2018, González Rey 2015, Kunz 2015, Rütgen et al. 2015). Hoy en día ya hay un camino recorrido en parte y asumido por la comunidad científica. Se identifica un perfil del sujeto socioeconómico-cultural y las variables concretas de estudio. Pero no se recogen datos de forma sistemática sobre *lo general de su actuar o del vivir del sujeto, de ese sujeto concreto y singular*. En ocasiones sí se recogen algunas, como los rasgos de personalidad, pero suele ser cuando estos son materia directa de estudio; y además los rasgos de personalidad son en última instancia generalizaciones. Entonces, ¿cuáles serían esas variables que

permitirían caracterizar mejor a cada sujeto para poder hacer mejor ese traslado de conclusiones de la media a cada individuo? ¿Estas variables deberían de extenderse a toda investigación?

Actualmente encontramos eventos que muestran que realidades muy subjetivas influyen en cuestiones muy objetivas. Esto impide una mayor eficacia de la intervención estandarizada. Además de lo ya comentado sobre la percepción, encontramos este debate cuando se estudia en medicina el efecto placebo y nocebo, al cual, históricamente se le ha atribuido hasta el 35% del efecto del medicamento en las personas (Beecher 1955) y la discusión sigue abierta (Bailar 2001) y su efecto puede ser mayor afectando tanto al paciente como al médico o a la familia del paciente (Bernstein et al. 2020). Este efecto no desaparece aun sabiendo que es falso, lo cual revela el poder de la subjetividad (Rütgen et al. 2015). Los sesgos subjetivos se ven acrecentados cuando entramos en el campo psicológico. Por ejemplo, la motivación para actuar tiene muchos elementos subjetivos de tal forma que no puede objetivarse de una forma estándar y fija qué es lo motivante (González Rey 2015, Kunz 2015). La subjetividad tiene también un papel irreductible en la valoración del riesgo (Lillis et al. 2022); en el retraso de la gratificación (Michaelson et al. 2013), la toma de decisiones por parte de los jueces (Kirshenbaum 2020, Levinson 2017) y en el mismo placebo antes mencionado (Price et al. 2008).

Confiar en una gran N serviría para explicar la media de la población, pero la media no es ningún sujeto. Y el valor representativo de la media disminuye en la medida que las dispersiones se hacen grandes. Las varianzas que suelen aparecer en investigación con sujetos humanos son muy amplias incluso cuando se evalúan aspectos biológicos (Tyborowska et al. 2016, Van Duijvenvoorde et al. 2016, Ziegler et al. 2017 Ducharme et al. 2016).

Por otro lado, los índices de la correlación tomada en las disciplinas humanas para hacer descripciones son muy bajos. Mientras que en disciplinas humanas una correlación de 0,3 es ya algo valioso para poder describir la covariación de dos variables, sería impensable que un ingeniero aceptara esos valores donde el orden usual es de 0,8. Detrás de valores bajos de correlación en el estudio de variables humanas está, asumido implícitamente, el principio de que los elementos que intervienen en la subjetividad son muchos.

La neurociencia actual ha puesto de manifiesto numerosas vías por las que la subjetividad de la persona queda grabada en su biología haciendo cada vez más difícil diferenciar lo que puede ser considerado meramente como un tema biológico o como un tema meramente subjetivo (Siegel 2015, Heider 2015, Barrett 2015, Pickersgill et al. 2011). El recrudecimiento del debate mente-cerebro (Chen-Wei 2022, Valtonen et al. 2021, Rolls 2021) es una prueba más de lo difícil que es la consideración independiente del ámbito biológico y subjetivo.

Por otro lado, son muchas las disciplinas que abordan una visión sistémica asumiendo la realidad viva como una dinámica sistémica compleja (Fuchs 2018, 82). La especial organización de los seres vivos implica que sus diversos elementos o partes no se pueden entender por separado, aislándolos de la función que tienen en el conjunto u organismo, el cual por lo mismo tiene, a su vez, funciones y actividad propias no atribuibles a ninguna de las partes en concreto. Asumir la visión sistémica requiere el estudio interrelacionado e integrado de todos los elementos que se usan para caracterizar un sistema.

Dentro de este esfuerzo de visión sistémica del ser humano se inserta este artículo. Pensamos que así la ciencia podrá llegar mucho más lejos en su conocimiento de la realidad.

Por último, puesto que forma parte de toda ciencia querer estudiar la realidad, no conviene olvidar que hablar de humanidad es hablar de una idea y lo que se quiere no es atender a la humanidad, sino atender a cada ser humano.

En este contexto se inserta este artículo, que profundiza y amplía las ideas propuestas en Orón, Martínez (2021) sobre las dimensiones del actuar humano, y, dando un paso adelante, con el presente artículo se tiene un doble objetivo.

1. Ofrecer un metamodelo de consideración sistémica de la subjetividad en varios niveles, en la que haya cabida para la intimidad, la libertad y la capacidad de introducir novedad, propias de la persona.
2. Sensibilizar sobre la necesidad de considerar la subjetividad tanto para el diseño de la investigación cómo en el momento de su aplicación a un sujeto.

En la medida en que el sujeto es modelizado desaparece, pues el sujeto no se reduce ni equivale al conjunto de sus características. Pero buscamos ciertas características que permitan considerar la subjetividad en sí misma y no solo la naturaleza humana de los individuos.

Creemos que se necesita identificar variables generales del actuar humano para poder entender los diversos acontecimientos humanos concretos, y queremos ayudar a identificar variables del vivir humano que puedan explicar mejor las varianzas, los elementos subjetivos y los bajos índices de correlación de las ciencias humanas, así como asumir una visión sistémica al estudiar el ser humano. Este artículo tiene 3 partes:

1. Una fundamentación antropológica del metamodelo sistémico de subjetividad.
2. La propuesta del metamodelo.
3. La parametrización del metamodelo mediante algunas variables, aplicadas a un ejemplo concreto.

2. PRESUPUESTOS ANTROPOLÓGICOS

a. El ser humano como persona

Para entender qué significa que el ser humano es persona y el significado consecuente de subjetividad, nos parece imprescindible una reflexión antropológico-filosófica. Vamos a hacerla, brevemente, de la mano de Max Scheler (2001), Robert Spaemann (2010) y Leonardo Polo (2016), con el fin de alcanzar una consideración abierta de la persona.

La pregunta principal de la antropología filosófica se plantea tradicionalmente así: *¿qué es el ser humano?* Esta pregunta interroga por lo específico del ser humano, lo que hace humanos a todos los seres humanos, aquello que por consiguiente es común a todos los miembros de la especie. Es lo que se puede llamar con derecho la *naturaleza humana*.

Dejando al margen el debate sobre la diferencia entre ser humano y animal, conforme más se profundiza en el conocimiento de la naturaleza humana, se descubre que su descripción no agota la realidad de los seres humanos. En el ser humano el individuo, a quien solemos llamar '*persona*', se destaca en sobre la naturaleza común como algo que no se reduce a la naturaleza pero que tampoco está fuera de ella. Por un lado, el individuo no agota la naturaleza, pues no ha existido un ser humano total o completo que contenga en sí todo lo que un ser humano puede lograr. Por otro lado, tampoco la naturaleza agota al individuo, pues la naturaleza humana se presenta ante el individuo como un conjunto de potencialidades que cada individuo tiene en su poder desarrollar. He aquí la razón última de que no es suficiente parametrizar la naturaleza para que la singularidad sea considerada.

De esta manera se ve que el ser humano, cada ser humano, es una *persona* que dispone de un conjunto de potencialidades que le son dadas, y a las cuales llamamos *naturaleza*. Una forma reduccionista de entender la naturaleza humana es considerarla un simple objeto del que el ser humano puede disponer a placer. No es un objeto porque, ya como fenómeno que experimentamos, es más bien el intermediario entre la persona y todos los objetos que están a disposición de ella, es el conjunto de potencialidades según las cuales la persona dispone de todos aquellos objetos de los que dispone.

Como conjunto de todas las potencialidades humanas, la naturaleza no es algo puramente biológico. La consideración de la naturaleza humana incluye aspectos psicológicos, y también el conocimiento y la cultura (Alonso-Bastarache, 2023, 147-155). Paradójicamente, la misma biología humana no es puramente 'biológica', pues el cerebro es un órgano cultural (Fuchs 2018, Barrett 2015, Pickersgill et al. 2011).

Nuestra naturaleza no es indiferente a lo que hacemos, antes bien, recibe su impacto. Por un lado, sufrimos los perjuicios de nuestras malas acciones (piénsese en una adicción o en una obsesión, por ejemplo). Más en general, al decidir una

forma de hacer decidimos una forma de ser, nuestras acciones impactan en nuestra naturaleza creando hábitos, los cuales son una segunda naturaleza –para una versión contemporánea de esta teoría aristotélico-tomista, Bernácer y Murillo (2014 y 2017)–.

A partir de esta caracterización de la naturaleza se desprende que la persona es la fuente última de las acciones, el agente o autor es la persona, no la naturaleza (Scheler 2001, Murillo y Alonso-Bastarache 2018). Esto no significa que la persona esté extrínsecamente unida a la naturaleza, pues esto requeriría considerar la naturaleza como un objeto. Por el contrario, la naturaleza humana es aquello que sólo puede actuar desde sí mismo, y que tiene dentro de sí mismo el principio de su actividad. La persona, considerada como fuente última de las acciones, es la fuente que actúa desde dentro de la naturaleza humana (Spaemann 2011, Polo 2015).

El término ‘persona’ es un término que, como todos los demás, es general; pero en el uso que hacemos de él, lo usamos para referir a algo que no es general sino individual, precisamente el individuo humano; pues no existe ‘la persona’ sino ‘cada persona’. Así es como aparece ante la consideración antropológica y filosófica la realidad de la persona.

Mientras que, para conocer la naturaleza se puede preguntar *qué es*, para interrogar por la persona no preguntamos *qué es*, sino que nos preguntamos *quién es* (por ejemplo, ‘¿quién ha hecho esto?’), y de hecho parece que la pregunta *qué es* no tiene mucho sentido. Cabe decir entonces que ‘persona’ no es un concepto ni una idea, sino un reconocimiento de que en ella acontece que ningún algo (o qué) la atrapa pues es alguien (o quién) (Spaemann 2010).

Esto no implica que sea inútil ni aún menos imposible toda caracterización de la persona, sino sólo que ninguna respuesta que podamos dar a la pregunta *qué es* agota la realidad de la persona. Ni siquiera por mucho que analicemos en profundidad los rasgos de su personalidad, pues “cuando la persona se hace la pregunta más elemental y originaria respecto de sí misma (*¿quién soy yo?*), apenas si encuentra alguna ayuda en los resultados de los estudios de personalidad que le han sido practicados” (Polaino et al. 2003, 29). La persona es más que cualquier recopilación de variables medibles o categorías, por muy extensa y completa que sea la recopilación. Puesto que al definir asignamos categorías, si ninguna recopilación de categorías puede ser completa, la persona es indefinible.

Además, si ningún *qué* agota la descripción de la persona, entonces la persona es un *ser irrestrictamente abierto* (Polo 2016), y tiene *intimidad* o *interioridad*. *Intimidad* significa un ámbito interior abierto a la persona misma (Polo 2016b, 355 y 2016): que está abierto quiere decir que es explorable, y que está todavía por explorar. Es por tanto un ámbito que se describe más bien como una pregunta que como una respuesta (como cuando alguien, tras una ruptura vital, se pregunta sinceramente *quién es*, no para definirse, sino para abrirse de nuevo a vivir con sentido). Es el ámbito de la pregunta *¿quién soy?* Se podría decir que ser persona

es ser una pregunta por responder. Este ámbito, la persona lo puede ocultar a las demás, pero también abrir a las demás personas y al mundo. En esta apertura radica la libertad de la persona y su capacidad de introducir novedad en el mundo.

b. Una comprensión abierta del acto humano. Más allá del comportamiento

La consideración abierta de la persona afecta a todo lo que la persona hace empezando por el mismo vivir de la persona. Esto hace que el acto humano tenga dimensiones no atrapables en variables, pues la persona no es atrapable y todo lo que haga referencia a la persona siempre va a tener un punto de indefinición. Así ocurre con todos los términos que se predicán de la persona: libertad, responsabilidad, ... actuar o vivir. Siguiendo lo propuesto en Orón y Martínez (2021), esto requiere una comprensión abierta del acto humano.

La primera condición de dicha comprensión abierta es que comportamiento o conducta externa y acto humano no son equivalentes (una misma acción, como decir “gracias”, puede brotar de gratitud genuina, de ironía defensiva o de cálculo interesado). Es un error considerarlos equivalentes, y es uno de los principales obstáculos para una comprensión abierta del acto humano. La equivalencia entre ambos y el consecuente rechazo en bloque de la mente y la conciencia es el postulado principal del conductismo (Watson 1913). Ahora bien, su postulado principal está muy lejos de ser una evidencia incuestionable, y es en realidad bastante problemático. Por este motivo, importantes autores han visto serios defectos en la perspectiva conductista de la acción humana, mostrando su carácter reduccionista (Burgos 2014 171-212; 279-288). Desde la psicología, son clásicas por ejemplo las críticas de Chomsky (1959), Maslow (1975), Köhler (1989) y Miller (1956, 2003), y más reciente la de Tomasello desde la psicología evolutiva en perspectiva comparada (Tomasello et al. 2005). Desde la neurociencia, Damasio 2001. Desde la filosofía es clásica la crítica de Anscombe (1957).

Desde el punto de vista histórico, el conductismo supone un rechazo abrupto y muy reciente de un problema tan antiguo como la filosofía occidental: el problema alma-cuerpo o mente-cerebro (Burgos 2014, 183ss). El motivo de este rechazo, que la conciencia es inmaterial, no es ningún descubrimiento, ya había sido tenido en cuenta y considerado ininterrumpidamente desde los inicios del problema alma-cuerpo en la filosofía griega: frente al encefalocentrismo de autores como Alcmaeón de Crotona e Hipócrates (s. V-IV a.C.), tanto la visión más radical de Platón del cuerpo como cárcel del alma como la visión más matizada de Aristóteles del alma como forma del cuerpo consideran que las actividades del ser humano como la percepción y el conocimiento están originadas en un principio inmaterial (Vigo 2007, 93-120; Blanco 2014, 29-39).

La aparición del conductismo supuso para la psicología una ganancia por el lado del método, pero a costa de una considerable pérdida por el lado del objeto, pues se rechaza la psique (Carpintero 2005, 48; Burgos 2014, 26). Ya Freud indicó que

el conductismo ‘*creo poder*’ fundar la psicología haciendo *a priori* abstracción del hecho de experiencia más básico, que es la conciencia (Freud 2007, 3387), y así “se vanagloria ingenuamente de haber suprimido por completo el problema psicológico” (Freud 2007, 2787). El carácter paradójico del conductismo remarcado por Freud es que implica una despsicologización de la misma Psicología. Más en general, se puede afirmar que el postulado conductista es el rechazo a priori de un hecho incontestable (Damasio 2001).

Por ello, desde un punto de vista epistemológico y filosófico, el postulado conductista no supone un fundamento riguroso para una ciencia. La justificación del postulado cae en un razonamiento circular: el alma no existe porque no es empírica, porque sólo existe lo empírico. Pero no se da razón de esto último. A esta petición de principio se añade la paradoja de que la afirmación de que sólo existe lo empírico no se puede demostrar empíricamente.

Su valor no reside en su verosimilitud, pues no resiste una crítica, sino en su utilidad, que sin duda es lo que principalmente quiso y consiguió demostrar Watson. Las líneas terapéuticas basadas en el conductismo y sus variantes están siendo reconocidas de mucha utilidad frente a diversos problemas psicológicos, como por ejemplo las adicciones. Al fin y al cabo, aunque la conducta externa sólo sea un elemento del actuar humano, es un elemento real, y al referirse a él se puede incidir sobre él.

Si, como decía Freud, el postulado conductista se basa en el rechazo de un hecho de experiencia, su producto es necesariamente un artificio mental, un ente de razón según la terminología medieval. En la misma línea, la fenomenología de la agencia contemporánea (Gallagher y Zahavi 2014, 231ss) demuestra que los movimientos externos y su unidad no bastan para comprender la acción humana, pues los mismos movimientos pueden formar parte de diferentes acciones. Lo característico de la acción humana, lo que le da su especial unidad, es la intención del agente, y esto da entrada a la conciencia. En la experiencia común, lo que entendemos por acción requiere de la conciencia del agente, y si se la extraemos para quedarnos con el comportamiento lo que tenemos es un objeto científico, un objeto de laboratorio. Más allá de la experiencia común, la valoración ética y penal evidencia esto cuando señala que hace falta considerar no solo el comportamiento externo, sino el fin de la acción y la conciencia del agente.

Lo anterior no significa sólo que la conciencia pueda ser causa del comportamiento, sino que el acto humano es una suerte de unidad entre lo que conceptualizamos como conciencia o mente y comportamiento. Esta unidad es sistémica: el acto humano es un sistema que consta de dos dimensiones co-implicadas, una dimensión comportamental y una dimensión mental. Precisamente las consideramos dimensiones porque no pueden entenderse como realidades independientes.

Este es el primer paso hacia una comprensión abierta del acto humano. Pero si, como se ha dicho, consideramos al ser humano como persona y sintetizando lo mostrado en Orón, Martínez (2021), para comprender el acto humano no basta con incluir la dimensión mental, hay que incluir la dimensión personal o interioridad. De nuevo, no se trata de una entidad causal independiente sino de una dimensión complicada con otras dos dentro del acto humano. De este modo se ve que la unidad básica es el acto o acción humana, y sobre él nos podemos hacer varias preguntas en distintos niveles de análisis, y entonces se percibe que hay distintas dimensiones.

Nos podemos preguntar ¿qué percibimos de la tarea que está realizando el sujeto que puede ser observado externamente y medido en un marco espacio-temporal? Entonces surge el comportamiento. Es importante recalcar que el comportamiento “surge”, pues es un objeto científico, es decir, un aspecto de la realidad que aparece cuando se asume determinada perspectiva sobre lo real (científico-empírica), y no agota la realidad.

Nos podemos preguntar también ¿qué aspectos tiene el acto humano que la persona experimenta, pero que no se pueden observar externamente? Entonces surgen la mente y la interioridad. Aquí aún podemos hacer una diferencia. Están, por un lado, aquellos aspectos referidos a la tarea concreta o que tienen la tarea como objeto: ¿qué está pensando la persona que actúa? ¿qué sabe de su acción? ¿qué busca conseguir? ¿qué está imaginando? etc.

Por otro lado, podemos preguntarnos por aspectos no directamente referidos a la tarea, sino que se refieren más bien a la persona misma que actúa. ¿Qué quiere decir esto? Cada vez que actuamos, manifestamos en mayor o menor medida nuestra interioridad, y a su vez vamos conformando nuestra identidad y nuestro lugar en el mundo. Siguiendo recientes averiguaciones del psicoanálisis (Kohut 2009, Orón et al. 2020) las preguntas que nos podemos hacer en este plano se reducen a tres, intrínsecamente relacionadas e interdependientes entre sí. Enumeradas en el orden que aparecen cronológicamente en la vida de una persona son: ¿quién es el otro? ¿quién soy yo? ¿qué es el mundo?

3. EL METAMODELO SISTÉMICO DE LA SUBJETIVIDAD

Las distintas preguntas que se acaban de presentar nos muestran una comprensión tridimensional del acto humano. En cada acto humano están presentes de forma simultánea las tres dimensiones: comportamental, mental y personal. Las distintas dimensiones se pueden ver también como los distintos niveles de la subjetividad involucrada en el acto, que, ordenados de inferior a superior, son: el sujeto comportamental, el sujeto mental y el sujeto personal. Cada nivel incluye, por decirlo así, el inferior: tiene las características del nivel inferior más las suyas propias (esta caracterización de niveles de subjetividad se inspira en la clasificación de los niveles de vida de Plessner 2019).

El nivel del comportamiento incluye los aspectos del acto referidos a la tarea u objeto que se pueden observar externamente. Cuando podemos hacer y verificar predicciones sobre el comportamiento futuro de un sujeto conociendo su comportamiento pasado y su entorno, entonces podemos decir que conocemos su sujeto comportamental. Se podría decir en virtud de esto que los sujetos comportamentales no son en última instancia ejecutores de sus funciones, sino que estas les ocurren –así describe Plessner (2019) lo que llama la *posicionalidad abierta* del primer nivel de vida que son las plantas–. Para predecir el comportamiento de los seres humanos no basta conocer este nivel de subjetividad, pero en el caso de las plantas y algunos animales, basta con conocer su sujeto comportamental para predecir sus actos, por lo que podemos decir que no son más que sujetos comportamentales.

El nivel mental incluye las características del actuar humano que miran al objeto pero que no se pueden medir por sus manifestaciones externas; es decir, los estados o actividad mentales. Aunque no se pueden observar externamente, con los rasgos comportamentales tienen en común que se refieren al objeto. La actividad mental contiene lo intelectual, lo volitivo, la imaginación, la memoria, la experiencia sensible, los sentimientos, los rasgos de personalidad y un largo etcétera. No todos los seres vivos tienen toda la actividad mental, la más compleja es la humana. Cuando podemos hacer predicciones sobre un sujeto a partir de su comportamiento y de su actividad mental, entonces conocemos su sujeto mental. Para predecir el comportamiento de los animales superiores, basta con conocer su actividad mental, pero no basta con conocer su comportamiento y el entorno, pues los animales tienen conciencia del entorno y de su cuerpo, y tienen un control intencional de las funciones, que por tanto sí son ejecutadas por ellos –es lo que Plessner (2019) llama la *posicionalidad cerrada o céntrica*–.

Para predecir el comportamiento de las personas, no basta con conocer su sujeto mental. Sostiene Plessner que la diferencia fundamental del ser humano frente al resto de seres vivos, lo que hace que tenga una *posicionalidad* distinta de la abierta y de la cerrada, y que él llama *excéntrica*, es que puede objetivar su propio cuerpo y sus estados mentales. Por tanto, puede tener delante lo que piensa y lo que le gusta como tal, y decidir si seguirlo o no. De modo que los contenidos mentales de una persona no bastan para predecir su comportamiento. En las personas se descubre una capacidad de mirar, por decirlo así, hacia dentro de sí mismas, junto a la de mirar hacia fuera propia de los animales.

El nivel personal o de la interioridad es donde están las realidades del actuar que no miran hacia fuera, el objeto, sino hacia dentro de la persona. En este nivel están las preguntas más radicales en relación con la persona. La respuesta a la pregunta *¿quién es el otro?* determina la *intención relacional*. Por intención relacional se entiende la disposición básica con relación al otro de confiar y asegurar en la relación; se le puede llamar también confianza relacional. El psicoanálisis ha mostrado que esta disyuntiva se reconoce como reto desde el primer momento

del nacimiento y caracteriza a la persona a lo largo de su existir (Erikson 1997, Winnicott 1986, Kohut 2009). La respuesta a la pregunta *¿quién soy?* determina la *identidad personal*, que refleja la autocomprensión que tiene el sujeto de sí mismo. Aunque la mentalidad fija o incremental no agota la autocomprensión, se sabe por ejemplo que la persona se perciba como una realidad abierta al cambio o fijada en su forma de ser, es algo determinante para entender que la persona actúe de una forma u otra (Dweck 2000 y 2007). La respuesta a la pregunta *¿qué es el mundo?* determina el *posicionamiento existencial*, tanto las creencias que se tienen sobre el mundo en general y sus posibilidades como lo que se quiere hacer sobre este.

Frente a lo que pudiera parecer, la pregunta que se interroga por el otro es la primera cronológicamente en ser formulada en la vida de una persona, pero no porque la persona la formula en primer lugar de manera consciente, sino porque antes de que la persona se pueda interrogar ya hay alguien que le está influenciando. Para cuando la persona puede formularse preguntas, ya se encuentra dentro de un entramado de relaciones interpersonales en dependencia de otras personas. En la vida de la persona, de las tres, la pregunta primera y fundamental es la que se interroga por quién es el otro. Por tanto, de la respuesta que tenga esta pregunta condiciona la respuesta a las otras dos (Orón y Martínez 2021).

Cuando se reconoce el sujeto personal, se rompe la predictibilidad por la consideración abierta de la persona, lo cual no quiere decir que no haya cosas predecibles, sino que se deja espacio para que la persona introduzca novedad.

Al referirnos a la subjetividad nos referimos a la singularidad y novedad que cada sujeto representa que lo constituye en origen de su actividad que no está determinada, aunque sí condicionada, por su biología, historia, educación, cultura, etcétera. Por tanto, no es simplemente lo que podríamos llamar su inercia en su forma de estar en el mundo que podría señalarse, por ejemplo, por sus rasgos de la personalidad y temperamento. Dichos rasgos y temperamento pueden relacionarse, y así lo haremos, con las tres dimensiones de la subjetividad, pero el sujeto, por ser novedad, es más que su inercia. De hecho, los rasgos de la personalidad cambian con la terapia, como ha evidenciado una revisión sistemática de más de 207 estudios con un total de más de 20.000 sujetos (Roberts et al. 2017) y con el mero paso del tiempo, incluso en casos psicopatológicos (Lenzenweger et al. 2004, Lenzenweger & Willett, 2007).

Los tres elementos de la interioridad (*intención relacional*, *identidad personal* y *posicionamiento existencial*) son los ámbitos de la acción humana en los que el sujeto puede introducir novedad basado en su sola subjetividad, y que no son explicables por la larga lista de condicionantes que existen en la vida humana. Podríamos decir que la determinación de dichos elementos de la subjetividad es la acción más propia y singular, solo atribuible al sujeto. Al determinarlos el sujeto se determina sin agotarse porque no deja de ser persona. Saber, por tanto, como cada

persona se posiciona sobre los tres elementos de la subjetividad es dejar espacio a la persona.

Loneragan (2017) indicaba que todo acto humano presupone una forma de ser y al mismo tiempo promueve una forma de ser. Es decir, tiene una comprensión que se presupone, pero al mismo tiempo, el sujeto puede pronunciarse e introducir novedad. La subjetividad es la posibilidad de tal novedad y, pensamos, que lo hace respondiendo y posicionándose sobre lo que proponemos como elementos de la interioridad (como pasar al perdón y abandonar una visión de justicia retributiva).

4. PARAMETRIZACIÓN DEL METAMODELO

La interioridad en sentido estricto no admite parametrización, pero si se tiene en cuenta la interioridad, se da un nuevo fundamento a modelos y parametrizaciones que ya existen, y éstas se pueden clasificar en función de su relación con cada uno de los tres aspectos del sujeto personal. Esto permite que los modelos sean menos reduccionistas; y también añadir nuevos parámetros. Usamos el término *metamodelo* porque no presentamos un modelo definido, sino las directrices generales en las que se deben basar los modelos de la subjetividad.

a. La reducción científica

Esta forma abierta de entender el actuar de la persona permitiría ser más conscientes de lo que ocurre en el método científico para saber bien qué reducciones se realizan para poder luego extender mejor los resultados a los distintos sujetos.

Por un lado, hay que ser bien conscientes de que todo sistema tiene presupuestos extrasistémicos para poder funcionar (Orón, Sánchez-Cañizares 2017). Considerada la ciencia como un sistema, sin duda algunos de sus presupuestos extrasistémicos son la intención relacional, la identidad personal y el posicionamiento existencial; pues toda ciencia presupone una comprensión del otro, de uno y del mundo. Solo cuando esto se ha hecho, la ciencia dispone de un mínimo de suelo para poder empezar a trabajar.

Por otro lado, es preciso reconocer que dentro de la misma ciencia hay un proceso de reducción, que se puede describir resumidamente como sigue (Polo 2016b). Si la neurociencia quiere estudiar la comunicación humana, diseña una tarea, por ejemplo, producir palabras. Pero ¿cómo se relaciona la comunicación humana con la tarea de producir palabras? Solo si se responde a esta pregunta se sabrá hacer la reducción del tema de estudio y al mismo tiempo se sabrá hacer la posterior integración de los resultados de las tareas particulares para entender el tema general (la comunicación). El proceder científico exige un proceso de *descomposición* de una realidad general humana, en diversas tareas, y luego un ejercicio *integración* de los datos de muchas tareas para poder llegar a la comprensión del tema estudiado

(Orón 2019). De otro modo, sería como querer entender el amor observando cuántas veces se dijo “te quiero”.

Pensamos que, bajo la tríada propuesta (*intención relacional, identidad personal y posicionamiento existencial*) se podrían tener elementos para comprender cómo se están haciendo las reducciones para pasar de los temas de estudio a las tareas, para integrar los resultados de las tareas y para luego poder extraer conclusiones de los temas de estudio.

b. El ejemplo de la devaluación

Este ejemplo sirve para ver cómo necesitan conocerse elementos de la intención relacional, la identidad personal y el posicionamiento existencial para poder entender un tema de estudio como la devaluación temporal. El fenómeno de la devaluación temporal evidencia que una misma realidad no tiene el mismo valor aquí y ahora que luego. Si a alguien se le da a elegir entre 20 euros hoy y 50 mañana probablemente elegirá los 50 mañana. ¿Qué pasará si la elección es entre 20 euros hoy y 50 al final de la semana? Y si es 50 al final del mes o al final de año. Llega un momento en el que la gente prefiere 20 hoy que 50 en un momento posterior. Y eso sabiendo que $20 < 50$ pero los 50 se llenan de incertidumbre al alejarse en el tiempo. Esto se aplica a muchos ámbitos, como por ejemplo hasta qué punto esforzarse o no por algo (Klein-Flügge et al. 2015, Apps et al. 2015, Hogan et al. 2020), cómo resolver la elección entre un bien presente y de poco valor comparado con un bien de mayor valor, pero muy retrasado en el tiempo, como por ejemplo, salir con los amigos hoy, frente a aprobar al final de curso y salir con los amigos todos los días. El fenómeno de la devaluación temporal es conocido desde hace ya tiempo (Dornbusch 1973, Bahmani-Oskooee 1985).

Cuando se evalúa la devaluación temporal de un sujeto concreto, de alguna forma se quiere evaluar la capacidad para esperar, pero no hay que olvidar que esperar algo implica esperar en alguien y que valorar algo es valorar a alguien, a quien da ese algo.

La investigación actual sugiere que la forma que tiene la persona de posicionarse ante ello depende de:

- La confianza atribuida al otro (Michaelson et al. 2013). Lo cual forma parte de la *intención relacional*.
- La consideración de sí mismo (Shimoni 2015), que forma parte de la *identidad personal*.
- La prosocioalidad (Curry et al. 2008 y el hecho de tener un plan de vida (Kang et al. 2019), que forman parte del *posicionamiento existencial*.

Esto ejemplificaría lo indicado de la necesidad de recoger variables asociadas a estos tres conceptos para poder tener una buena comprensión de la realidad estudiada.

c. Identificando las variables

Corresponde ahora dar un paso adelante e intentar parametrizar la subjetividad con la tríada la *identidad personal*, la *intención relacional* y el *posicionamiento existencial*, sabiendo que los tres están intrínsecamente relacionados (Orón et al. 2020). Si, en un primer intento, intentamos hacerla acudiendo a cuestionarios que ya existen se podría probar de la siguiente manera.

- La parametrización de la *identidad personal* podría hacerse a través de cuestionarios sobre la identidad personal, la autoestima, el autoconcepto y el rasgo de la personalidad de neuroticismo.
- La parametrización de la *intención relacional* podría hacerse a través de la confianza, los estilos de apego, las formas de comunicación, la identidad familiar y los rasgos de la personalidad de extraversión y afabilidad.
- La parametrización del *posicionamiento existencial* podría hacerse a través del propósito de vida, la consideración del trabajo y la identidad profesional, la valoración de la comunidad y los rasgos de la personalidad de apertura mental y el rasgo de la personalidad de escrupulosidad (no es lo mismo ver el estudio como un trámite para ganarse la vida, que como una forma de mejorar el mundo).

Si en lugar de acudir a cuestionarios ya conocidos nos centramos en cómo el sujeto introduce novedad al determinar los tres elementos de la subjetividad, entonces, nos preguntamos por el fenómeno de los tres aspectos de la interioridad humana descubrimos que la pregunta por la identidad personal podría responderse de una forma más centrada en el individuo o más centrada en la relación y el encuentro. La pregunta por la intención relacional entre las personas se podría responder resaltando aspectos de búsqueda de seguridad individual o de forma más abierta a la confianza hacia el otro. La pregunta por el posicionamiento existencial podría responderse acentuando el control del entorno para el beneficio individual o para humanizar este mundo haciéndolo un lugar de encuentro. Es una forma tensional de acercarse al hecho humano: la identidad personal conjuga la tensión entre individuo y relación, la intención relacional se mueve entre asegurar y confiar en el otro, el posicionamiento existencial lo hace entre poner el mundo al servicio del individuo o del encuentro (es la diferencia entre decirle a un hijo “hazlo bien y te doy algo” y decirle “confío en ti, si te equivocas lo resolveremos juntos”). Podrían elaborarse cuestionarios que evidenciaran como cada sujeto se posiciona en esa realidad tensional.

La realidad tensional es inescindible de la condición de sujeto: si la subjetividad se refiere al individuo concreto, parece lógico descubrir que en todo sujeto se da el reto de posicionarse ante los otros sujetos y lo que no es sujeto. Por ello, para trabajar la subjetividad se requiere esa forma de posicionarse, o lo que es lo mismo, esa forma de ser sujeto. ¿Qué dice el sujeto de sí mismo? Esto es la identidad personal. ¿Qué dice el sujeto de los otros sujetos? Esto es la intención relacional. ¿Qué dice el sujeto de lo

no-sujeto? Esto es el posicionamiento existencial. Si de cada sujeto se pudiera recoger cómo en él o ella se da ese posicionamiento se estaría recogiendo una descripción sobre cómo esa persona comprende su propia subjetividad. Ayudaríamos así a hacer una descripción de la subjetividad fundamental para iniciar la investigación. No solo por la caracterización sino porque también se podría estudiar la mediación de tales realidades tensionales o polares en los temas de estudio. E, igualmente, ayudaríamos a la intervención pues se podría valorar cómo cada sujeto se sitúa en tales tensiones y así, teniendo presente lo que la investigación ha descubierto, tener más pistas de cara a la intervención.

Ciertamente esto no agota la pretensión de una consideración global de la subjetividad. El artículo busca aumentar la sensibilidad sobre el tema y abrir posibilidades para investigar sobre la subjetividad y en el uso de lo investigado. Obviamente tal pretensión de una comprensión total no puede lograrse sin el propio sujeto. Y tampoco puede asegurarse que con ello se lograra.

d. Un ejemplo concreto. El abandono escolar temprano

El fenómeno del abandono escolar temprano ha sido ampliamente estudiado desde enfoques cuantitativos y estructurales. Las investigaciones tradicionales se basan en bases de datos extensas (como PISA o estudios longitudinales nacionales), empleando metodologías estadísticas avanzadas (regresiones jerárquicas, modelos estructurales, análisis de conglomerados) con muestras representativas. Las variables consideradas incluyen factores individuales (edad, sexo, rendimiento, historial de repetición), familiares (nivel educativo de los padres, condiciones socioeconómicas, estructura familiar), escolares (tipo de centro, clima, ratio profesor/alumno) y psicoeducativos (motivación, expectativas, percepción de apoyo, autoeficacia). A menudo se incorporan escalas validadas para medir componentes afectivos y actitudinales, lo que ha enriquecido el diagnóstico sin salir del marco de análisis funcional y observable.

Al integrar el metamodelo sistémico de la subjetividad, se introduce un plano nuevo de análisis: la interioridad del sujeto como fuente libre y singular de su acción. Se añade comprender cómo cada alumno se sitúa existencialmente ante el hecho de estudiar, su relación con los otros y con su propio futuro. Se necesita parametrizar: (1) la identidad personal, esto es, si el alumno se comprende como cosa (un conjunto de características o etiquetas) o como persona libre, relacional y capaz de transformación; (2) la intención relacional, es decir, si su forma de vincularse parte del aseguramiento y la protección o de la confianza y la disponibilidad interpersonal; y (3) el posicionamiento existencial, que indica si vive su trayectoria académica desde la adaptación pasiva a lo dado o desde el deseo de crear un camino con sentido. Para recoger estos datos no bastan escalas motivacionales convencionales: será necesario desarrollar instrumentos capaces de captar cómo el alumno vive su intimidad en la relación con los demás. Esto puede realizarse mediante entrevistas cualitativas,

tutorías estructuradas o, para estudios de mayor escala, cuestionarios diseñados desde esta antropología relacional, que traduzcan en indicadores operativos estas dimensiones sin reducirlas ni cosificarlas.

En la práctica educativa tradicional, las intervenciones preventivas suelen centrarse en planes de refuerzo académico, orientación vocacional, acompañamiento psicológico o rediseño curricular. Incluso, en ocasiones se incorporan programas de mentoría y apoyo personalizado que buscan mejorar el vínculo con el alumno. Estas medidas, basadas en evidencia empírica, han demostrado cierta eficacia. No obstante, incluso en sus formas más comprensivas, el objetivo sigue siendo funcional: mejorar el rendimiento, aumentar la permanencia o reconducir la trayectoria. La relación interpersonal es tratada como un medio para esos fines, no como un espacio con valor en sí mismo. El vínculo queda instrumentalizado al servicio de resultados medibles, sin ser pensado como lugar de encuentro entre interioridades.

Con el enfoque de la subjetividad personal, se reformula radicalmente la lógica de la aplicación. El centro deja de ser la retención escolar y pasa a ser el crecimiento del alumno como sujeto libre, relacional y creador de sentido. El profesional educativo ya no es solo un experto en contenidos o un gestor de itinerarios, sino una persona que se ofrece como presencia real, capaz de suscitar en el alumno la experiencia de ser reconocido, acogido y llamado a crecer. La intervención se convierte en un encuentro personal que transforma a ambos. Esta lógica adquiere una dimensión sistémica, pues invita a revisar el entramado de relaciones que sostiene o fragiliza al alumno (familia, iguales, comunidad) y también las del propio docente, cuya disponibilidad relacional condiciona su capacidad de educar. La relación no es solo un medio para enseñar sino también fin. El éxito no depende únicamente del contenido o de la estrategia didáctica, sino de cómo el alumno usa esa relación para recuperar el sentido de su existencia, su libertad y su deseo de transformar el mundo en un lugar más humano.

Para que esta propuesta sea viable se requieren condiciones operativas rigurosas. En el plano metodológico, se necesitan instrumentos capaces de captar con precisión las dimensiones de identidad, intención relacional y posicionamiento existencial, conjugando validez científica con respeto por la singularidad. Estos cuestionarios deben ser culturalmente sensibles, adaptables y escalables. En el plano profesional, se necesita una formación específica en escucha profunda, disponibilidad relacional, acompañamiento existencial y autoconocimiento. Y en el plano institucional, es imprescindible reconfigurar estructuras que valoren el tiempo relacional, reconozcan el vínculo como indicador de calidad y conciban la escuela como espacio de encuentro personal, donde la subjetividad no sea obstáculo, sino condición y horizonte del aprendizaje.

5. CONSIDERACIONES FINALES

De acuerdo con los objetivos de este artículo, hemos propuesto un metamodelo de consideración sistémica de la subjetividad que permite identificar ciertas variables que parametrizan la forma general de actuar y vivir de una persona. Los ámbitos donde la subjetividad introduce novedad en el vivir humano.

Pensamos que una consideración sistémica de la subjetividad tiene que considerar tres niveles de subjetividad que están presentes simultáneamente en la producción de la acción: el comportamental, el mental y el personal. De modo que, lo que llamamos subjetividad no es un bloque homogéneo, nada más que una “caja negra”, sino una realidad compleja, multidimensional y abierta. El nivel personal, el más profundo y por ello el más subjetivo de los tres, se puede, siguiendo las averiguaciones del psicoanálisis (Kohut 2009, Orón et al. 2020), dividir en tres aspectos: *identidad personal*, *intención relacional* y *posicionamiento existencial*.

Como mencionábamos al comienzo, tras la investigación llega la pretensión de trasladar lo investigado a una persona en concreto. Llegado este momento, no puede tomarse una decisión sin tener en cuenta al sujeto, lo contrario sería un proceso evaluativo frío, una toma de decisiones en base a una mera recogida de datos generales. Es necesaria por el contrario una evaluación dialogada con el sujeto, en la que se dé entrada a la novedad que cada persona puede introducir.

6. BIBLIOGRAFÍA

- Alonso-Bastarreche, G. (2023). *El sistema de la persona humana*. Madrid: Sínderesis.
- Anscombe, G. E. M. (1957). *Intention*. Oxford: Basil Blackwell.
- Apps, M.; Grima, L.; Manohar, S.; y et al. (2015). The role of cognitive effort in subjective reward devaluation and risky decision-making. *Sci. Rep.*, 5, 16880. DOI: <https://doi.org/10.1038/srep16880>.
- Bahmani-Oskooee, M. (1985). Devaluation and the J-Curve: Some Evidence from LDCs. *The Review of Economics and Statistics*, 67(3), 500-504. DOI: <https://doi.org/10.2307/1925980>.
- Barrett, L. (2015). *Beyond the brain. How body and environment shape animal and human minds*. Princeton: Princeton University Press.
- Bailar, J. C. (2001). The powerful placebo and the Wizard of Oz. *N. Engl. J. Med.*, 344(21), 1630–1632. DOI:10.1056/NEJM200105243442111. PMID: 11372017.
- Beecher, H. K. (1955). The Powerful Placebo. *Journal of the American Medical Association*, 159(17), 1602–1606. DOI:10.1001/jama.1955.02960340022006.
- Bernácer, J.; Murillo, J. I. (2014). The Aristotelian conception of habit and its contribution to human neuroscience. *Front. Hum. Neurosci.*, 8, 883. DOI:10.3389/fnhum.2014.00883.

- Bernácer, J.; Murillo, J. I. (2017). "Habits and the integration of conscious and non-conscious human action," in Radman, Z. (ed.), *Before Consciousness*. Exeter: Imprint Academic, 226–246.
- Bernstein, M. H.; Locher, C.; y et al. (2020). Primary care providers' use of and attitudes towards placebos: An exploratory focus group study with US physicians. *Br. J. Health Psychol.*, 25(3), 596–614. DOI:10.1111/bjhp.12429. PMID: 32472982; PMCID: PMC7423714.
- Blanco, C. (2014). *Historia de la neurociencia*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Burgos, J. M. (2014). *Historia de la Psicología*. Madrid: Palabra.
- Carpintero, H. (2005). *Historia de las ideas psicológicas*. Madrid: Pirámide.
- Chen-Wei, N. C. (2022). Is mind–body dualism compatible with modern psychiatry? *B. J. Psych. Advances*, 28(2), 132–134. DOI: <https://doi.org/10.1192/bja.2021.20>
- Chomsky, N. (1959). Review of B. F. Skinner, Verbal Behavior. *Language*, 35, 26–58.
- Clayton, J. A.; Collins, F. C. (2014). NIH to balance sex in cell and animal studies. *Nature*, 509, 282–283.
- Curry, O. S.; Price, M. E.; y Price, J. G. (2008). Patience is a virtue: Cooperative people have lower discount rates. *Personality and Individual Differences*, 44(3), 780–785. DOI: <https://doi.org/10.1016/j.paid.2007.09.023>.
- Damasio, A. R. (2001). *La sensación de lo que ocurre*. Madrid: Debate.
- Dornbusch, R. (1973). Devaluation, Money, and Nontraded Goods. *The American Economic Review*, 63(5), 871–880. <http://www.jstor.org/stable/1813910>.
- Ducharme, S.; Albaugh, M. D.; y et al. (2016). Trajectories of cortical thickness maturation in normal brain development --The importance of quality control procedures. *Neuroimage*, 125, 267–279. DOI:10.1016/j.neuroimage.2015.10.010.
- Dweck, C. S. (2000). *Selftheories. Their role in motivation, personality and development*. New York: Psychology Press.
- Dweck, C. S. (2007). The Secret to Raising Smart Kids. *Sci. Am. Mind*, 18(6), 36–43. DOI:10.1038/scientificamericanmind1207-36.
- Erikson, E. H. (1997). *El ciclo vital completo*. Barcelona: Paidós.
- Freud, S. (2007). *Obras Completas de Sigmund Freud*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Fuchs, T. (2018). *Ecology of the Brain*. Oxford (UK): Oxford University Press.
- Gallagher, S.; Zahavi, D. (2014). *La mente fenomenológica*. Madrid: Alianza Editorial.
- González Rey, F. L. (2015). Human Motivation in Question: Discussing Emotions, Motives, and Subjectivity from a Cultural-Historical Standpoint. *J. Theory Soc. Behav.*, 45, 419–439. DOI:10.1111/jtsb.12073.
- Heider, F. (2015). *The psychology of interpersonal relations*. Mansfield Centre: Maritino Publishing.

- Hogan, P. S.; Chen, S. X.; Teh, W. W.; y et al. (2020). Neural mechanisms underlying the effects of physical fatigue on effort-based choice. *Nat. Commun.*, 11, 4026. DOI: <https://doi.org/10.1038/s41467-020-17855-5>.
- Herzog, M. H.; Clarke, A. M. (2014, 22 de octubre). Why vision is not both hierarchical and feedforward. *Front. Comput. Neurosci.*, 8, 135.
- Juarrero, A. (2002). Intentional Action: a Dynamical Account. En *Dynamics in action. Intentional behavior as a complex system*. Massachusetts: MIT Press.
- Kang, Y.; Strecher, V. J.; y et al. (2019). Purpose in life and conflict-related neural responses during health decision-making. *Health Psychology*, 38(6), 545–552. DOI:10.1037/hea0000729.
- Kant, I. (2011). *Crítica de la razón pura*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Kelso, J. A. S. (1995). Intentional Dynamics. En *Dynamic Patterns. The self-organization of brain and behavior*. London: MIT Press.
- Kirshenbaum, J. M.; Miller, M. K. (2020). Judges' experiences with mitigating jurors' implicit biases. *Psychiatr. Psychol. Law*, 28(5), 683–693. DOI:10.1080/13218719.2020.1837029.
- Klein-Flügge, M. C.; Kennerley, S. W.; y et al. (2015). Behavioral Modeling of Human Choices Reveals Dissociable Effects of Physical Effort and Temporal Delay on Reward Devaluation. *PLoS Comput. Biol.*, 11(3), e1004116. DOI: <https://doi.org/10.1371/journal.pcbi.1004116>.
- Kohut, H. (2009). *The Restoration of the Self*. Chicago: University of Chicago Press.
- Köhler, W. (1989). *Experimentos sobre la inteligencia de los chimpancés*. Madrid: Debate.
- Kunz, J. (2015). Objectivity and subjectivity in performance evaluation and autonomous motivation: An exploratory study. *Management Accounting Research*, 27, 27–46. DOI: <https://doi.org/10.1016/j.mar.2015.01.003>.
- Lenzenweger, M. F.; Johnson, M. D.; Willett, J. B. (2004). Individual growth curve analysis illuminates stability and change in personality disorder features: The Longitudinal Study of Personality Disorders. *Archives of General Psychiatry*, 61, 1015–1024.
- Lenzenweger, M. F.; Willett, J. B. (2007). Predicting Individual Change in Personality Disorder Features by Simultaneous Individual Change in Personality Dimensions Linked to Neurobehavioral Systems: The Longitudinal Study of Personality Disorders. *J. Abnorm. Psychol.*, 116(4), 684–700.
- Levinson, J. D.; Bennett, M. W.; y Hioki, K. (2017). Judging Implicit Bias: A National Empirical Study of Judicial Stereotypes. *Fla. L. Rev.*, 63, 69(1).
- Lillis, A. M.; Malina, M. A.; Mundy, J. (2022). The Role of Subjectivity in Mitigating Incentive Contracting Risks. *The Accounting Review*, 97(1), 365–388. DOI: <https://doi.org/10.2308/TAR-2017-0652>.

- Lonergan, B. (2017). *Insight. Estudio sobre la comprensión humana*. Salamanca: Sígueme, 3ª edición.
- Maslow, A. (1975). *Motivación y personalidad*. Barcelona: Sagitario.
- Michaelson, L.; de Vega, A.; y et al. (2013). Delaying gratification depends on social trust. *Front. Psychol.*, 4(355), 1–7. DOI:10.3389/fpsyg.2013.00355.
- Miller, G. A. (1956). The magical number seven, plus or minus two: Some limits on our capacity for processing information. *Psychological Review*, 63(2), 81–97. DOI: <https://doi.org/10.1037/h0043158>.
- Miller, G. A. (2003). The cognitive revolution: a historical perspective. *Trends in Cognitive Science*, 7(3), 141–144. DOI:10.1016/s1364-6613(03)00029-9.
- Murillo, J. I.; Alonso-Bastarreche, G. (2018). Notion of Personhood from a Spiritual Perspective. En Poff, D. C.; Michalos, A. C. (Eds.), *Encyclopedia of Business and Professional Ethics*. Springer. DOI: https://doi.org/10.1007/978-3-319-23514-1_300-1.
- Orón, J. V. (2022). Salvando la brecha entre la neurociencia y la educación. En Orón, J. V. (coord.), *Neuro-Educación Realista*. Madrid: ICCE.
- Orón, J. V. (2019). *Neuropsicología de las emociones*. Madrid: Pirámide.
- Orón, J. V. (2018). Educación centrada en el crecimiento de la relación interpersonal. *Studia Poliana*, 20, 241–262. DOI:10.15581/013.20.241-262.
- Orón, J. V.; Martínez, M. (2021). La acción humana: una propuesta integral para el diálogo interdisciplinar sobre la personalidad. *Scientia et Fides*, 9(2), 133–154. DOI: <https://doi.org/10.12775/SetF.2021.022>.
- Orón, J. V.; Navarro-Rubio, S.; Luis, E. O. (2020). Emotional Education for Personal Growth in the Early Years. *J. Theor. Philos. Psych.* DOI:10.1037/teo0000150.
- Orón, J. V.; Sánchez-Cañizares, J. (2017). ¿Es posible la reducción epistemológica? Todo sistema necesita presupuestos extra-sistémicos. *Anuario Filosófico*, 50(3), 601–617. DOI:10.15581/009.50.3.601-617.
- Pickersgill, M.; Cunningham-Burley, S.; Martin, P. (2011). Constituting neurologic subjects: Neuroscience, subjectivity and the mundane significance of the brain. *Subjectivity*, 4, 346–365. DOI: <https://doi.org/10.1057/sub.2011.10>.
- Plessner, H. (2019). *Levels of Organic Life and the Human: An Introduction to Philosophical Anthropology*. New York: Fordham University Press. (Original: Die Stufen der Organischen und der Mensch, 1928).
- Polaino-Lorente, A.; Cabanyes Truffino, J.; del Pozo Armentia, A. (2003). *Fundamentos de psicología de la personalidad*. Madrid: Rialp.
- Polo, L. (2016). Antropología trascendental. En *Obras Completas*, Serie A, vol. XV. Pamplona: Eunsa.

- Polo, L. (2016b). Quien es el hombre. Presente y futuro del hombre. En *Obras Completas*, Serie A, vol. X. Pamplona: Eunsa.
- Polo, L. (2015). Sobre la esencia humana. En *La esencia del hombre. Obras Completas*, Serie A, vol. XXIII. Pamplona: Eunsa, 296–316.
- Price, D. D.; Finniss, D. G.; Benedetti, F. (2008). A comprehensive review of the placebo effect: recent advances and current thought. *Annu. Rev. Psychol.*, 59, 565–590. DOI:10.1146/annurev.psych.59.113006.095941. PMID: 17550344.
- Quiroga, R. Q. (2012). Concept cells: the building blocks of declarative memory functions. *Nat. Rev. Neurosci.*, 13, 587–597. DOI: <https://doi.org/10.1038/nrn3251>.
- Roberts, B. W.; Luo, J.; y et al. (2017). A systematic review of personality trait change through intervention. *Psychol. Bull.*, 143(2), 117–141. DOI:10.1037/bul0000088.
- Rolls, E. T. (2021). A Neuroscience Levels of Explanation Approach to the Mind and the Brain. *Front. Comput. Neurosci.*, 15, 649679. DOI:10.3389/fncom.2021.649679.
- Rütgen, M.; Seidel, E.-M.; y et al. (2015). Placebo analgesia and its opioidergic regulation suggest that empathy for pain is grounded in self pain. *PNAS*, 112(41), E5638–E5646. DOI: <https://doi.org/10.1073/pnas.151126911>.
- Scheler, M. (2001). *Ética*. Madrid: Caparrós.
- Shimoni, E.; Asbe, M.; y et al. (2015). Too proud to regulate: The differential effect of pride versus joy on children’s ability to delay gratification. *J. Exp. Child. Psychol.*, 141, 275–282. DOI:10.1016/j.jecp.2015.07.017.
- Siegel, D. (2015). *The developing mind. How relationships and brain interact to shape who we are* (2ª ed.). London: The Guilford Press.
- Spaemann, R. (2011). *Sobre el concepto de una naturaleza del hombre. En Lo natural y lo racional*. Santiago de Chile: Instituto de Estudios de la Sociedad, 17–36.
- Spaemann, R. (2010). *Personas*. Pamplona: Eunsa.
- Tomasello, M.; Carpenter, M.; y et al. (2005). Understanding and sharing intentions: The origins of cultural cognition. *Behavioral and Brain Sciences*, 28, 675–691. DOI:10.1017/S0140525X05000129.
- Tyborowska, A.; Volman, I.; y et al. (2016). Testosterone during Puberty Shifts Emotional Control from Pulvinar to Anterior Prefrontal Cortex. *J. Neurosci.*, 36(23), 6156–6164. DOI:10.1523/JNEUROSCI.3874-15.2016.
- Valtonen, J.; Ahn, W. K.; Cimpian, A. (2021). Neurodualism: People Assume that the Brain Affects the Mind more than the Mind Affects the Brain. *Cogn. Sci.*, 45(9), e13034. DOI:10.1111/cogs.13034. PMID: 34490927.
- Van Duijvenvoorde, A. C. K.; Achterberg, M.; Braams, B. R.; y et al. (2016). Testing a dual-systems model of adolescent brain development using resting-state connectivity analyses. *Neuroimage*, 124 (Part), 409-420. DOI: <https://doi.org/10.1016/j.neuroimage.2015.04.069>.

- Vigo, A. (2007). *Aristóteles. Una introducción*. Santiago de Chile: Instituto de Estudios de la Sociedad.
- Watson, J. B. (1913). Psychology as the behaviorist views it. *Psychological Review*, 20(2), 158–177. DOI: <https://doi.org/10.1037/h0074428>.
- Weger, U.; Wagemann, J. (2021). First-person science of consciousness: Theories, methods, applications. *New Ideas in Psychology*, 60, 100830. DOI: <https://doi.org/10.1016/j.newideapsych.2020.100830>.
- Winnicott, D. W. (1986). *Home is where we start from. Essays by a psychoanalyst*. London: Penguin Books.
- Ziegler, G.; Ridgway, G. R.; y et al. (2017). Multivariate Dynamical Modelling of Structural Change during Development. *NeuroImage*, 147, 746-762. DOI: <https://doi.org/10.1016/j.neuroimage.2016.12.017>